TOMAS MANN

FREUD
Y
EL PORVENIR

El encuentro de dos gigantes del mundo intelectual

SANTIAGO DE CHILE
1937

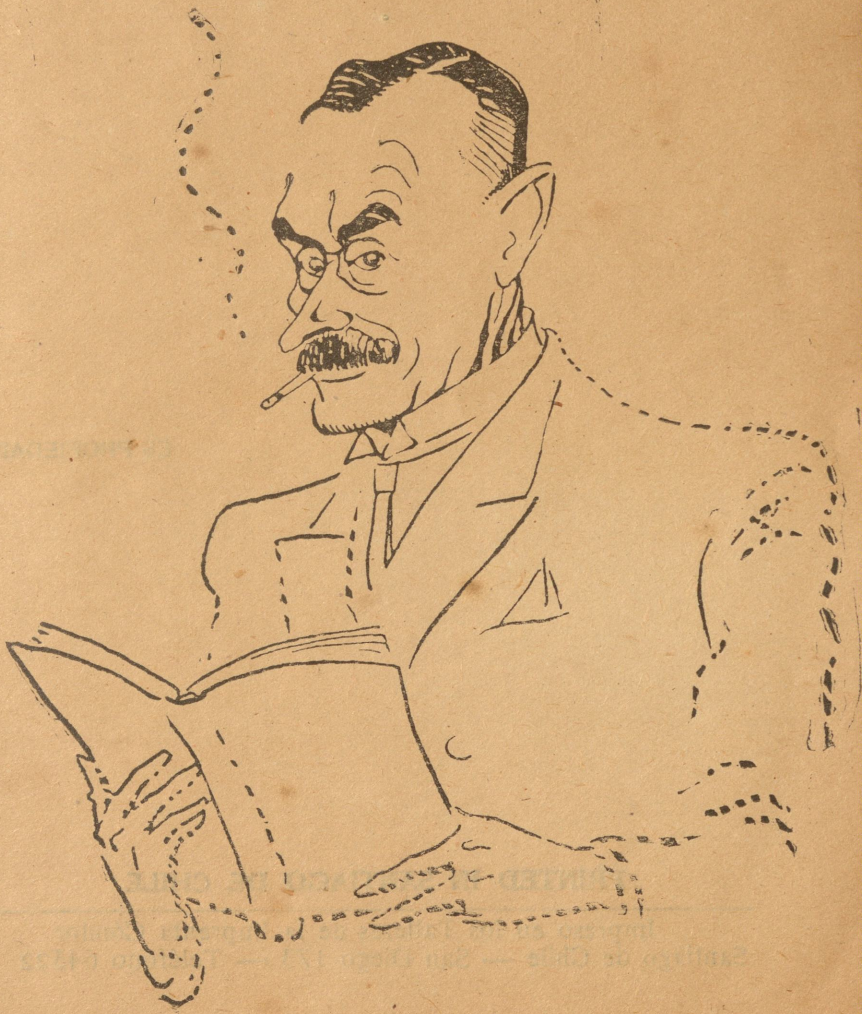
THOMAS MANN

FREUD
Y EL
PORVENIR

SANTIAGO — CHILE
1937

THOMAS MANN

FREUD
Y EL
PORVENIR



ES PROPIEDAD

INTERNATIONAL
PSYCHOANALYTIC
UNIVERSITY BERLIN

PRINTED IN SANTIAGO DE CHILE

Impreso en los Talleres de la Imprenta Cóndor
Santiago de Chile — San Diego 173 — Teléfono 64522

PREFACIO

Un momento tan fausto como interesante en la historia de la vida intelectual contemporánea fué el encuentro del novelista Thomas Mann con el sabio Sigmund Freud.

En un homenaje al investigador, Thomas Mann delineó el puente espiritual que une en este caso las ciencias exactas con la filosofía, diciendo que, en la asociación de las palabras "Tiefenpsychologie", las que quieren decir "profundidad" y "psicología", el término "profundidad" tiene también un sentido temporal, las profundidades primitivas del alma humana son a la vez los tiempos primi-

tivos, aquella profundidad manantial de los tiempos, donde mora el mito, fundador de las normas y formas primitivas de la vida.

Para el sabio que puede revistar la obra de una gran vida, no podía haber homenaje más bello que la comparación del literato con la evolución de su propia creación espiritual, desde los individual-consciente, a los místico-desconocido. De esto habló Thomas Mann cuando con motivo del 80 cumpleaños de Sigmund Freud, no solamente solemnizó la obra del sabio, sino también explicó que la ciencia del psicoanálisis revela una gran paralelidad con su propia obra. Se ve la línea ascendente, que sube desde los "Buddenbrooks" hasta la trilogía sobre José, cuyo argumento hace surgir Mann de la profundidad de los tiempos. En la indicación de estas consonancias y anticipaciones preparadas ya por Schopenhauer y Nietzsche, se descubre el carácter confesionario del libro, sin que

se pueda hablar de una influencia ni de una comunidad de ideas entre los dos pensadores.

Aquí conviene quizás recordar lo que en su autobiografía dice Freud sobre los filósofos precursores; "A Schopenhauer lo he leído muy tarde, y evité durante largo tiempo al otro filósofo, Nietzsche, precisamente porque sus presentimientos y entendimientos tan penosamente obtenidos por el psicoanálisis. Mi prioridad no me importaba tanto como la ingenuidad de mi pensar". Una gran parte de la grandeza de Freud proviene de esta confesión obligándolo a un trabajo científico severamente metódico y libre de aprensiones. Un caso muy raro en la historia de las creaciones intelectuales, aparte de crear su propia terminología, tuvo que hacer también él mismo la delineación, penetración y subdivisión de su campo de investigación. Basándose sobre el fundamento de su concepción, toda su vida puso piedra sobre piedra hasta erigir el gran edificio del psicoaná-

lisis. Quizás se ha originado en este hecho el gran sentido de responsabilidad de Freud, que le obligó a edificar solamente sobre lo ya explorado y lo que se pueda probar, distanciándolo así de la multitud de aquellos discípulos y ayudantes, quienes en vez de servir a su obra, la han perjudicado con sus exageraciones y sus interpretaciones erróneas.

No es casualidad que al final del siglo XIX varios pensadores independientes buscaran un camino que por lo pronto se aleja de la idolatría de la razón abstracta. El lema del materialismo descuida los sentimientos e impulsos subconscientes, considerándolos como meros efectos del mundo exterior. Y la verdadera importancia de Sigmund Freud, como la vé Thomas Mann, está en el hecho de que Freud indicó y delimitó un nuevo terreno arrancado al suelo viejo. Donde estaba el "Lo" deberá existir el "Yo", dice Freud, refutándolo Mann, cuando señala

los peligros de "las infinitas vacaciones del "Yo", deseadas por el sentir colectivista. Quedan expuestos así los dos adversarios que acometen contra la filosofía y psicología del alma: el materialismo, que niega rotundamente su razón de ser, por no concebir lo inconsciente, y el irracionalismo que pugna contra ella, por aceptar la existencia de lo inconsciente en forma de voluntad primitiva y mítica.

Los peligros que traería el advenimiento y llegada al poder del principio de colectivismo, lo puntualiza Ortega y Gasset en su libro "La rebelión de las masas", describiendo la invasión de las nuevas masas en una civilización, de la que se sirven como si fuera naturaleza, pero desconociendo sus fuerzas espirituales y sin valorizarlas por lo consiguiente en lo más mínimo.

Si tal desgracia hubiera de determinar el futuro de un continente, sólo quedaría un

consuelo en la esperanza de que otros continentes aprecien mejor la obra creadora de los precursores de un nuevo porvenir, ampliando y continuándola a su juicio.

WERNER SUHGE.

Conferencia pronunciada el 8 de mayo de 1936 con motivo del 80. cumpleados de Sigmund Freud

¿Qué es lo que autoriza a un literato para constituirse en orador en homenaje a un gran investigador? Aunque fuera para desligarse de la responsabilidad que ha de caer en aquellos que se vieron inducidos a confiarle tal papel ¿cómo se justifica que una sociedad científica, en nuestro caso una asociación académica de psicología médica no haya designado a uno de sus miembros, a un hombre de ciencia, para que celebre con el verbo el aniversario de su maestro sino a un hom-

bre de letras, lo que equivale a decir a un espíritu orientado específicamente hacia la espontaneidad, la síntesis y la ingenua creación y no hacia el saber, el conocimiento, la comprensión y el discernimiento y quien por consiguiente en el mejor de los casos, puede convertirse más bien en objeto de un conocimiento útil sin prestarse por su naturaleza y destino a ser sujeto activo del mismo.

¿Podrá originarse esta elección en la idea de que el literato, como artista y como artista intelectual, tiene más vocación a celebrar fiestas intelectuales y fiestas en general, cual si fuera, por naturaleza, un ser más solemne que el investigador o el hombre de ciencia? No quisiera contradecir tal opinión. Es verdad: el hombre de letras sabe celebrar todo lo que sea fiesta en la vida, sabe hasta celebrar la vida misma como fiesta con lo cual se preludia ahora por primera vez un tema destinado acaso a jugar el papel de "leit-motiv" en el himno intelectual de esta noche. Pero entiendo que, según el propósito de los iniciadores de este homenaje, su sentido básico está más bien en el encuentro novedoso y amable del

objeto y del sujeto, de la materia del conocimiento y de quien la reconoce—una inversión saturnina de los hechos, en la que el entendido e intérprete de sueños se convierte en solemne objeto de un reconocimiento pensativo—. A esta idea tampoco tengo nada que oponer, tanto menos cuanto en todo esto suena ya un motivo que tiene un importante porvenir sinfónico. Volverá en forma más comprensible y más instrumentada, pues habría de equivocarme grandemente si esa conjunción de sujeto y objeto, su mutua identificación, su mutua penetración en la misteriosa unidad del mundo y del Yo, su destino y carácter, el acontecer y hacer, es decir si esa penetración en el misterio de la realidad como obra del alma no fuera precisamente el alfa y el omega de toda iniciación psicoanalítica.

En todo caso: la determinación de elegir a un poeta para que honre con su palabra a un genial investigador, depone algo respecto el uno y el otro, es característico para ambos. Tanto revela esa designación una relación especial del agasajado con el mundo de la poesía y de la literatura, como una relación singular del literato con la esfera de co-

nocimientos cuyo creador y maestro reconoce el mundo en aquél. Y lo peculiar y notable, de esta reciprocidad, de esta aproximación, consiste en que por ambas partes y durante mucho tiempo ha quedado ignorado en lo "subconsciente", en aquella región del alma, pues, cuya investigación, iluminación y conquista constituyen para la humanidad la misión del penetrante espíritu de Freud. Las íntimas relaciones entre la literatura y el psicoanálisis, fueron conocidas hace tiempo por ambas partes. Pero lo particular de esta hora está, por lo menos a mi juicio y desde mi punto de vista, en el encuentro público de ambas esferas que se realiza ahora por primera vez y en la manifestación de aquel mutuo conocimiento o en la confesión demostrativa del mismo.

Dije que las conexiones, las profundas simpatías, fueron desconocidas por ambas partes durante largo tiempo. Y en verdad se sabe que la persona a quien hoy agasajamos, que Sigmund

Freud, el fundador del psicoanálisis como terapéutica y método de investigación general, hizo por sí solo e independientemente el penoso camino de sus reconocimientos, sólo como médico y naturalista, sin saber del consuelo y de los estímulos que tantos grandes literatos hubieran tenido para él. No conoció a Nietzsche, que en cierto modo preludió, como por relámpagos, las penetraciones de Freud; ni a Novalis, cuya imaginación romántico-biológica y cuya inspiración se acercan muy a menudo y en forma asombrosa a las ideas analíticas freudianas, ni tampoco a Kirkegaard, cuyo valor cristiano para lo psicológicamente extremo hubiera tenido que interesarle hondamente; y probablemente tampoco conoció a Schopenhauer, el melancólico sinfonista de una filosofía de instintos que aspiraba a su propia conversión y revelacón. Debía ser así. Tenía Freud que conquistar metódicamente sus conocimientos por sí mismo, sin saber de sus precursores intuitivos. La fuerza impulsiva de su penetración fué acrecentada probablemente por orfandad de elementos a su favor, y en manera alguna puede pensarse en su serena imagen sin recordar el rasgo de su soledad—aquella soledad de la que habla Nietzsche en su maravillo-

so ensayo "¿Qué significan los ideales ascéticos"?— cuando llama a Schopenhauer "un verdadero filósofo, un espíritu puesto realmente en sí, hombre y caballero de mirada férrea que tiene el valor de bastarse a sí mismo, que sabe estar solo y que no vive esperando a guías e indicaciones superiores". Me acostumbré a ver en la imagen de este "hombre y caballero", de un caballero entre "muerte y diablo", al psicólogo del subconsciente, desde que su figura intelectual entró en mi esfera.

Sucedió tarde; mucho más tarde de lo que hubiera debido esperarse dadas la afinidad del impulso poético-literario en sí y de mi propia naturaleza con esa ciencia. Dos tendencias ante todo forman esa afinidad el amor a la verdad primero, un sentido de la verdad, una sensibilidad y susceptibilidad por los encantos y amarguras de la verdad, que se exterioriza principalmente en forma de irritación y clarividencia psicológica a tal grado que el concepto de la verdad casi se confunde con el de la percepción y el reconocimiento psicológicos; luego, la intuición de lo anormal, cierta afinidad con lo anormal, equilibrada por la salud y la sensación de su importancia productiva.

En cuanto al amor a la verdad, al amor de tono melancólico-moralista hacia la verdad como psicología, éste deriva de la alta escuela de Nietzsche en la cual es realmente evidente la coincidencia de la verdad con la verdad psicológica, del investigador con el psicólogo; su orgullo por la verdad, su misma noción de la honestidad y pureza intelectuales, y su valentía y tristeza científicas, así como su autopenetración y autocondenación—todas éstas son opiniones psicológicas—tienen carácter psicológico. Y nunca olvidaré la acentuación y el ahondamiento educativo que mis propias disposiciones ganaron al vivir la pasión psicológica de Nietzsche. La frase "aprensión a penetrar" está en el "Tonio Kroeger". Lleva bien el sello de Nietzsche, y su melancolía de adolescente indica lo que hay de Hamlet en la naturaleza del filósofo, en la que se refleja la propia, una naturaleza llamada a saber sin haber nacido para ello. Hablo ahora de dolores y tristezas juveniles, que fueron madurando con el tiempo y convirtiéndose en algo más sereno. Pero me ha quedado la inclinación a comprender psicológicamente la verdad y el saber, a equipararlos con la psicología, a sentir el deseo psicológico de la verdad en el sentido más

propio y más valiente de la palabra —me ha quedado, digo, esa inclinación que podrá llamarse naturalista y que es debida, seguramente, a la educación por el naturalismo literario, y que constituye una condición previa de la predisposición para la ciencia natural del alma que se denomina "psicoanálisis".

La segunda, según dije, es el sentido por la enfermedad o mejor dicho: por la enfermedad como medio de conocimiento. También pudiera derivarse esta intuición de Nietzsche, quien sabía muy bien lo que debía a su enfermedad y quien parece enseñar en cada página que no hay saber profundo sin experiencia de enfermedad y que toda salud superior debe haber pasado por la enfermedad. Podría, pues, derivarse también a ese sentido de la experiencia de Nietzsche, si no estuviera hermanado íntimamente con el carácter del hombre espiritual en general y con el del autor en particular, ya aun con el carácter de toda humanidad y humanitarismo, de los que el poeta sólo es, en realidad, una expresión llevada hasta el ex-

tremo. Dijo Víctor Hugo: "L' humanité s'affirme par l'infirmité"— frase que reconoce la débil constitución de toda humanidad y cultura superiores y que patentiza también con orgullosa franqueza el conocimiento de tal fragilidad en la región de la enfermedad. El hombre ha sido llamado "el animal enfermo" y esto por las tensiones que le pesan y las dificultades características que le impone su posición entre la naturaleza y el espíritu, entre el animal y el ángel. ¿Puede asombrar, entonces, que las investigaciones más hondas en la parte ignorada de la naturaleza humana hayan partido del lado de la enfermedad y que ésta, a saber la neurosis, se demostrara como medio de reconocimiento antropológico de primer orden?

El escritor debería ser el último en asombrarse de esto. A causa de su fuerte impresionabilidad total y personal, debiera asombrarse más bien de que descubriera tan tarde las relaciones de simpatía de su existencia con la investigación psicoanalítica y con la obra vital de Freud. Esta simpatía se manifestó cuando esta doctrina ya no era un mero método de curación, aceptado por unos

y combatidos por otros: es decir, cuando aparte de su aspecto puramente médico, se había convertido en un movimiento mundial en el que todos los diferentes campos del espíritu y de la ciencia se hallaban aprisionados: las investigaciones con respecto a la literatura y el arte, la historiografía de las religiones y la prehistoria, la mitología, los estudios acerca de la nacionalidad, pedagogía y otros más— gracias al celo de ampliación y aplicación de aquellos adeptos que habían colocado esa aureola de efectos más generales alrededor de su núcleo médico-psiquiátrico. Sería exagerado decir que yo he llegado al psicoanálisis, porque al contrario fué él quien vino hasta mí. Por el amable interés que demostraba, por el conducto de sus discípulos y representantes, por mi labor, empezando por el "Pequeño señor Friedemann" y "La muerte en Venecia" hasta "La montaña mágica" y la novela de "José y sus hermanos" me hizo entender que yo tenía algo que ver con él, y que yo sería, en cierto modo, algo así como "su igual"; y despertó también mi conciencia— como le correspondía— de todas las simpatías presentidas y latentes. Además el estudio de la literatura analítica me hizo reconocer luego mucho de lo por mí

sentido y experimentado desde mi más remoto vivir espiritual, con la única diferencia de que ello está ahora revestido de pensamientos y términos de exactitud científica.

Permítanme, señoras y señores, continuar discurriendo un poco más en estilo autobiográfico y no se fastidien si yo, en lugar de hablarles de Freud, hablo aparentemente de mí mismo. Apenas me atrevo a comentar sus trabajos. ¿Podría yo pretender decir algo nuevo sobre él al mundo? Hablo también en homenaje suyo aún cuando hable de mí, y cuando les relato cuán profunda y extrañamente me preparaban decisivas impresiones educativas de mi juventud para las nociones que debemos a Freud. Más de una vez, en recuerdos y confesiones, me he referido a la sensación estremecedora que encanta y educa a la vez y que recibió en su primer contacto con la filosofía de Arthur Schopenhauer el adolescente que intentó magnificarlo en su novela

"Los Buddenbrooks". En el pesimismo de una metafísica bien armada de ciencias naturales encontré por vez primera la intrépida búsqueda de la verdad que constituye la moral de la psicología analítica. En una especie de revolución ambigua, en contra de la creencia milenaria, esta metafísica predicó la primacía del instinto sobre el espíritu y la razón; reconoció a la voluntad como núcleo y quintaesencia del mundo, tanto del ser humano como de todo el resto de la creación, y al intelecto como secundario y accidental, como siervo de la voluntad y débil fanal. No lo hacía por malicia antihumana, que es el motivo negativo de las doctrinas hostiles al espíritu, sino por el puro amor a la verdad, de un siglo que combatía el idealismo por idealismo. Era tan veraz ese siglo XIX, que intentó aceptar como indispensable (por medio de Ibsen) hasta la mentira, la "mentira vital". Bien se ve: hay una gran diferencia entre afirmar la mentira por doloroso pesimismo y amarga ironía, por razones del espíritu, o admitirla por odio al espíritu y a la verdad. Hoy en día, tal diferencia no está clara para todos.

Ahora bien: el psicólogo de lo subconsciente, Freud, es un verdadero hijo del siglo de los Scho-

penhauer e Ibsen, en cuyo medio nació. ¡Qué estrechas afinidades hay entre su revolución y la de Schopenhauer tanto en lo referente a su contenido como en cuanto a su parecer moral! Su descubrimiento del papel inmenso que desempeña lo subconsciente, el "Lo", dentro de la vida del alma de todo ser humano, contenía y contiene la misma ofensa a la psicología clásica, para la cual la conciencia y la vida del alma son la misma cosa, como la doctrina de la voluntad de Schopenhauer a toda la fe filosófica en la razón y el espíritu. Verdaderamente, el aficionado prematuro de "El Mundo como Voluntad e Imaginación" se siente como en su casa al leer la admirable disertación que forma parte de las nuevas clases de introducción a la psicología y que lleva el título de "El Análisis de la Personalidad Psíquica". En ella está descripto el imperio del alma, de lo subconsciente, el "Lo", por medio de palabras que también hubiera podido usar Schopenhauer tan vehemente y con el mismo acento de frío interés intelectual y médico para su oscuro imperio de la voluntad. Dice: "La región del "Lo" es la parte oscura e inaccesible de nuestra personalidad; lo poco que sabemos de él lo conocemos por el estudio del sueño y de la formación de síntomas neuróti-

cos". Lo pinta como un caos, una olla de burbujantes excitaciones. Opina que el "Lo", por decirlo así, esta abierto hacia lo somático y reune en sí las necesidades de los instintos que encuentran en él su expresión psíquica sin que se supiera en qué "substrato". Opina que este "Lo" está cumpliéndose con energía desde los instintos, pero que no tiene organización, y que no produce una voluntad total sino que sólo engendra la aspiración a satisfacer las necesidades instintivas conservando el principio del goce. En esto no valen las leyes del pensar lógico; en primer término no vale la ley de la contradicción según la que las "emociones antagónicas existen en yuxtaposición sin anularse la una a la otra y sin restarse una de otra; a lo sumo se reunen para desviar las energías hacia la formación de compromisos bajo la dominante presión de carácter económico".

Como ustedes ven, señoras y señores, estas son coyunturas que, según nuestra experiencia histórica, pueden afectar el mismo "Yo", hasta el gran "Yo" de las masas, gracias a una anormalidad moral, engendrada por la adoración de lo subcons-

ciente, por la glorificación de su "dinamismo" como único estímulo de vida, por la sistemática idolatría de lo primitivo e irracional. Pues lo subconsciente, el "Lo" es lo primitivo e irracional, es puramente dinámico. No conoce valoraciones, ni el mal, ni el bien, ni moral alguna. No conoce siquiera el tiempo, ni el transcurso del tiempo, ni las transformaciones del proceso psíquico a raíz de él. Dice Freud: "Los deseos que nunca han salido del "Lo", y también las impresiones, que por suplantación, han sido hundidas en el "Lo", son virtualmente inmortales y actúan después de decenios, como si acabaran de suceder de nuevo. Podrán ser comprendidos como pasado, como desvalorizados y privados de su provisión de energías, cuando se ha cobrado conciencia de ellos por medio del trabajo analítico" Y, agrega Freud que en ello descansa principalmente la acción curativa del tratamiento analítico. Comprendemos entonces lo antipática que debe ser la psicología analítica para un "Yo" que, embriagado por un culto de lo subconsciente, ha llegado a un estado de dinamismo infernal. Se comprende por qué tal "Yo" no quiera saber nada de psicoanálisis y por qué ni siquiera ha de permitir que lo nombren a Freud delante de él.

El "Yo" en sí mismo, casi llega a ser así, en el fondo, conmovedor pero alarmante. Es una pequeña parte del "Lo" iluminada y en acecho, colocada a la vanguardia, algo así como Europa, menguada y despierta fracción de la vasta Asia. El "Yo" es "aquella parte del "Lo" que por la proximidad y la influencia del mundo exterior fué modificado, ya reaccionando con cierta irritabilidad, ya autoprotegiéndose a semejanza de la capa cortical de que se rodean ciertas substancia vivientes". Una expresiva figura biológica. En general Freud escribe en un estilo sumamente claro, es un artista del pensamiento, como Schopenhauer, y como éste un escritor europeo. La relación con el mundo exterior es decisiva, según él dice, para el "Yo", tiene el encargo de representarlo ante el "Lo" — para su propio bien. Pues si no considerara tan superpoderosa fuerza exterior, el "Lo" en su ciega aspiración a satisfacer los instintos, no se salvaría de su aniquilamiento. El "Yo" observa el mundo exterior; recuerda y trata con lealtad de distinguir lo objetivamente real de lo que agregan fuentes de excitación internas. Por orden del "Lo" domina las palancas de la movilidad, de la acción; pero interpuso entre la necesidad y la acción, la demora del

pensamiento en cuyo intervalo se aconseja con la experiencia. Y posee cierta superioridad reguladora frente a las leyes del deseo que dominan sin límites en lo subconsciente, y a las que corrige por medio del principio de la realidad. ¡Pero qué débil es a pesar de todo! Vive una existencia asaz nerviosa y atormentada, comprimido por lo subconsciente, por el mundo exterior y por la conciencia llamada por Freud el "Super-Yo". Su autodinamismo es demasiado lánguido; saca sus energías del "Lo" y tiene que realizar, por lo general, los propósitos de éste. Quisiera más bien considerarse como jinete, y asignar a lo subconsciente el papel de caballo. Pero muchas veces lo montó lo inconsciente; y preferimos agregar lo que Freud no agrega por moral racional: y es que, de esta manera un tanto ilegítima, va acaso, más lejos.

La descripción del "Lo" y del "Yo" por Freud, ¿no se asemeja exactamente a la descripción schopenhaueriana de la "voluntad" y el "intelecto", no constituye una traducción de su metafísica a lo psicológico? Y al echar por primera vez una mirada al imperio psicoanalítico ¿quién no sentirá

una intimidad y un recuerdo al familiarizarse con él, después de haberse iniciado en la unción metafísica de Shopenhauer y de haber probado los dolorosos atractivos de la psicología de Nietzsche? Comprueba también que ese conocimiento de manera intensa y extraña sobre impresiones anteriores si se las renueva luego de tal ojeada. Después de haber conocido a Freud y a la luz de sus investigaciones, se relee de una manera completamente distinta la gran disertación de Shopenhauer "Sobre la aparente Premeditación en el Destino del Individuo". Y aquí, señoras y señores, estoy por indicar el punto de contacto más íntimo y secreto, existente entre el mundo de las ciencias naturales freudanas, y el mundo filosófico de Shopenhauer. El ensayo citado, maravilla de penetración y sutileza, forma el aludido punto de contacto. El misterioso pensamiento elaborado por Schopenhauer en su ensayo es, brevemente, el siguiente: nuestra voluntad, sin presentirlo, se nos muestra exactamente como en el sueño, como un destino inexorablemente objetivo; todo procede de nosotros mismos y cada cual es el oculto director de sus sueños; tal como también en la realidad, ese gran sueño que un solo ser, la voluntad, sueña con todos nosotros, nuestros

destinos quisieran ser también producto de nuestro interior, de nuestra voluntad, de suerte que, en el fondo ,trazamos nosotros mismos lo que parece sucedernos.

Hago una síntesis muy pobre, señoras y señores; en realidad esas explicaciones son de suma fuerza sugestiva y de magnífico vuelo. Pero la psicología del sueño a la que recurre Schopenhauer, no sólo tiene carácter pronunciadamente analítico sino que tampoco le faltan el argumento sexual y su paradigma. Se asombra uno de ver hasta qué grado todo el conjunto de pensamientos es una preinterpretación basada en concepciones psicoanalíticas; y también hasta qué grado es una anticipación filosófica del psicoanálisis. Para repetir lo que dije al principio: Creo reconocer el núcleo central e íntimo de la doctrina analítica, en el secreto de la unidad del "Yo" y del mundo, del ser y del suceder y en la penetración de lo aparentemente objetivo y circunstancial, como función del alma.

Recuerdo una frase que formuló un discípulo, inteligente, pero un poquito desagradecido, de esta

doctrina, C. G. Jung, en la importante introducción del "Libro tibetano de la muerte". Dice: "Resulta mucho más directo y evidente, impresionante y por eso también más emocionante observar lo que me sucede que observar lo que hago". Una frase audaz y atrevida que demuestra claramente con qué tranquilidad están tratando ahora, en cierta escuela psicológica, cuestiones que hasta Schopenhauer consideraba como enorme pretensión y "exorbitante" empresa ideal. ¿Podrá imaginarse, sin Freud, tal frase, que desenmascara el "ocurrir" como un "hacer"? Jamás, puesto que Jung se lo debe todo a Freud. La citada frase no hubiera podido ser comprendida ni escrita sin la directa influencia del psicoanálisis en sus descubrimientos acerca de las equivocaciones al hablar y al escribir, y acerca de todo el campo de los fracasos, de la huída hacia lo anormal, con respecto al instinto del auto castigo y a la psicología de los contratiempos, en resumen, acerca de la magia de los subconsciente. Aquella frase concentrada de Jung, incluso sus premisas psicológicas, tampoco hubiera sido posible sin Schopenhauer y su especulación todavía imperfecta, pero audaz, por ser amplia y de

gran vuelo. Quizás es éste el momento, señores y señoras, de polemizar en forma amable un poco en contra de Freud. Pues él no estima en mucho la filosofía.

El sentido de exactitud del naturalista permite apenas considerar a la filosofía como ciencia. Le reprocha su pretensión de querer presentar una completa y continua imagen del mundo; de sobreestimar el valor de las operaciones lógicas; de creer hasta en la intuición como fuente de saber y de entregarse a pasiones directamente animistas creyendo en la magia de la palabra y en la influencia del pensamiento sobre la realidad. Pero ¿sería eso realmente una sobreestimación propia de la filosofía? ¿Fué acaso modificado el mundo por algo que no haya sido el pensamiento y su mágica portadora, la palabra? Yo creo que la filosofía está realmente colocada por sobre las ciencias exactas y que todo metodismo y exactitud están al servicio de su voluntad filosófica. Finalmente se trata siempre del "Quod erat demostrandum". La falta de suposiciones en la ciencia es un hecho moral, o debiera serlo. Considerándola desde el punto de vis-

ta intelectual, es lo que Freud llama una ilusión. Sin embargo, podría decirse, extremando los hechos, que la ciencia nunca ha hecho un descubrimiento sin haber sido autorizada y encaminada por la filosofía.

Aparte de todo esto, permítanme detenerme un momento más en el pensamiento que usa Jung con preferencia, y así también en el preámbulo citado, cuyos resultados analíticos construyen un puente de comprensión entre el pensar occidental y las creencias esotéricas orientales. Nadie ha formulado más agudamente que él la doctrina de Schopenhauer-Freud de que "el dador de todo lo dado reside en nosotros mismos — verdad que, a pesar de toda evidencia, es ignorada siempre, tanto en los hechos más grandes como en los más diminutos, cuando sin embargo, muy a menudo sería necesario saberlo". Opina Jung que es preciso una gran conversión rica en sacrificios para ver como el mundo está "dado" al hombre desde la esencia del alma humana, pues el ser animal en la persona se opone a sentirse realizador de sus propias condiciones. Es verdad que el oriente, siempre, había demostrado mayor fortaleza en la superación de lo animal que el occidente; y por con-

secuencia no hay motivo alguno para extrañar que, según su sabiduría, también los dioses pertenecieran a lo "dado" que procede del alma y forma una unidad con ella — resplandor y luz de alma humana.

La sabiduría que, según el código de la muerte, se le entrega a cada muerto para que siga su camino en el más allá, es, para el espíritu occidental una paradoja que va contra su lógica habitual: pues ésta distingue entre sugeto y objeto y rechaza la intromisión de éste en aquél o su derivación de él. Verdad es que la mística europea conoció tales impulsos y Angelus Silesius ha dicho:

"Sé que sin mí, Dios no podrá vivir ni un instante;
Si yo me acabo, El de pena, tiene que morir".

Sin embargo, resultaría insoportable para la religiosidad de occidente tal concepción psicológica de Dios, la idea de una deidad que no fuera algo puramente verdadero, absolutamente real, sino que formara una unidad con el alma y dependiera de ella — se quedaría sin Dios. Y sin embargo, reli-

giosidad quiere decir precisamente unidad, y en el Génesis se habla de una "unión" entre Dios y el hombre cuya psicología traté de dar en la novela mística "José y sus hermanos". Sí: permítanme hablar aquí de ésta mi propia obra; quizás tiene ella derecho a ser nombrada en una hora de amable encuentro entre la literatura poética y la esfera psicoanalítica. Es bastante curioso — quizás no solamente para mí — que predomine en esta novela justamente aquella especie de teología psicológica que el sabio atribuye a la iniciación oriental. Este Abraham, es, en cierto modo, engendrador de Dios, puesto que en la contemplación lo ha descubierto meditándola: pero las virtudes poderosas que le atribuye son realmente la originaria propiedad de Dios. Abraham no es su padre, más tampoco deja de serlo en cierto sentido, ya que las reconoce y las realiza pensando. Verdad es que las grandes facultades de Dios — y con ellas Dios mismo — son algo que existe positivamente fuera de Abraham; pero al mismo tiempo existen también en él y son de él; el poder de su propia alma puede apenas distinguirse, en ciertos instantes, de ellas; se compenetran y se funden por el reconocimiento con ellas en perfecta unidad. Y este es el origen

de aquella unión que el Señor celebra más tarde con Abraham y que es sólo la confirmación formal de un hecho interior. Se la caracteriza como celebrada en el mutuo interés, con el propósito de mutua satisfacción. En ella se mezclan la necesidad humana y divina de tal manera, que apenas se puede decir de qué lado ha surgido la primera iniciativa para tal cooperación, si del lado divino o del humano. En todo caso, se expresa en su establecimiento que la santificación de Dios y la del hombre representa un doble proceso y que están unidas en lo más íntimo uno al otro. Se formula, pues, la pregunta: ¿para qué sino tal unión?

"El alma como el dador de lo dado". Sé muy bién, señoras y señores, que este pensamiento ha sido tratado en mi novela en un plano irónico que no conoce ni sabiduría oriental ni comprensión analítica. Pero tiene algo inquietante su concordancia

involuntaria con ambas, descubierta posteriormente. ¿Tengo que llamarla acaso influencia? Es más bien cierta simpatía, cierta aproximación espiritual que que el psicoanálisis concibió —como corresponde— antes que yo; y de la cual derivaban aquellas atenciones literarias que debía al psicoanálisis desde muy temprano. La última fué el envío de una edición especial de la revista "Imago", que contenía el trabajo de un sabio vienés de la escuela freudiana, titulado: "Sobre la psicología de la biografía más antigua", título bastante seco, en el que apenas se anuncian las curiosidades a las que sirve de rótulo. El autor demuestra como las biografías antiguas, ingenuas, alimentadas y determinadas por la la leyenda y lo popular — y entre ellas especialmente las biografías de artistas —introducen en la historia de sus héroes rasgos y procesos fijos, esquemas típicos, fórmulas biográficas, por decirlo así, de manera convencional, como para hacerlas legitimarse por medio de tales fórmulas como algo verdadero, algo auténtico; verdadero en el sentido del "así como fué siempre" o del "como está escrito". Se sabe ya que el ser humano tiene siempre interés en reconocer, en reencontrar lo viejo en lo nuevo, y lo típico en lo individual. Sobre

esta base descansa la unidad de toda vida, que, si llegara a ser novedosa, singular e individual, sin ofrecer la oportunidad de hallar en ella algo conocido desde tiempo atrás, sólo espantaría y confundiría. Ahora bien: el problema planteado por la publicación del sabio vienés consiste en saber si es posible tratar de manera exacta e inequívoca el límite entre las fórmulas biográficas legendarias y lo que es propio de la vida de cada artista; es decir, entre lo típico, y lo individual; una pregunta que se contesta negativamente al ser formulada. La vida es realmente una mezcla de elementos de fórmulas y de elementos individuales; es un engranaje en la cual lo individual sobresale como quién dice del formulismo impersonal. Es la vida del hombre en general, no sólo en la del artista, resulta decisivo lo que hay en ella de extrapersonal, la identificación inconsciente con el convencionalismo esquemático. "Muchos de nosotros" dice el autor, "viven también hoy en día, según un tipo biográfico, el destino de cierta casta, clase o profesión. Evidentemente hay que combinar la libertad de los hombres para la plasmación de sus vidas con aquella ligadura que llamamos "Vita vivida". Y en seguida, con gran alegría pero sin mayor sor-

presa mías, empieza a citar los ejemplos de la novela de "José y sus hermanos", cuyo motivo de fondo es exactamente esta idea de la "Vita vivida", de la vida como sucesión de otras anteriores, como un andar sobre huellas, como identificación, en la forma en que especialmente Eliezer, el maestro de José lo practica; pues, como si el tiempo se hubiera anulado, todos los Eliezer del pasado se encuentran en el "Yo" actual, de modo que habla de Eliezer, el peón más antiguo de Abraham, en primera persona a pesar de que "realiter" dista mucho de serlo.

Admito que la coordinación de estas ideas es perfectamente legítima. El trabajo del maestro vienés indica con exactitud el punto donde el interés psicológico pasa al interés mítico. Hace notar el autor que lo típico ya es lo mítico y que puede decirse en lugar de "Vita vivida" — "mito vivido". Y el mito vivido es la idea épica de mi novela y comprendo que, desde que he pasado, como escritor de lo "burgués-individual" a lo "mítico-típico", mi relación secreta con la esfera analítica ha entrado, por decirlo así, en su estado agu-

do. El psicoanálisis está vinculado al interés mítico de igual modo, como toda poesía está ligada al interés psicológico. Su retroceso a la infancia del alma individual significa de por sí ya un retroceso a la infancia del hombre en sí, a lo primitivo, al mitismo. Freud mismo dijo, que toda ciencia natural, toda medicina y psicoterapia han sido para él, durante su vida, un rodeo y retroceso hacia la pasión primaria de su juventud por la historia de la humanidad, por los orígenes de la religión y la moral — aquel interés que en la cúspide de su vida llegó a la expresión más grandiosa en su libro "Totem y Tabu". En la asociación de las palabras alemanas "Tiefenpsychologie" que quieren decir "profundidad" y "psicología", el término "profundidad" tiene también un sentido temporal; las profundidades primitivas del alma humana equivalen a los tiempos primitivos, a aquella profundidad manantial de los tiempos donde mora el mito, impartiendo las normas y formas primitivas de la vida. Pues mito es fundación de vida; es el esquema extratemporal, la fórmula piadosa con que se identifica la vida al reproducir subconscientemente sus rasgos. No hay duda; el alcanzar la concepción mítico-típica hace época en la vida del literato, signi-

fica una curiosa elevación de su disposición artística, una nueva alegría de la comprensión y plasmación, que suelen estar reservadas a los años posteriores de la existencia; pues en la vida de la humanidad, el mito representa, es cierto, un grado inferior y primitivo; pero en el vivir del individuo, marca un eslabón posterior y maduro· Con esto queda aclarada en lo real, la sonriente sabiduría de lo eterno y lo infinito, valedero, y el esquema en y de acuerdo al que vive lo que se crea generalmente individual, sin que el ingenio orgullo de su originalidad comprenda hasta qué grado toda vida es fómula y repetición, un andar sobre huellas hondamente cavadas. El carácter es un papel mítico, que se representa en la ingenuidad de una originalidad ilusoria, como si fuera de acuerdo a un invento propio, pero simultáneamente con una dignidad y seguridad que no prestan una falsa singularidad al intéprete recién surgido y obrando a la luz sino por el contrario que él arranca de su profunda conciencia de representar algo fundado y legal, y de comportarse mal o bien, noble o repugnantemente, pero de todos modos a su manera como modelo. La verdad es que, si su realidad consistiera en lo original y actual, no sabría con se-

guridad comportarse. Estaría sin sostén, sin consejo, embarazado y confundido con respecto a sí mismo, no sabría con qué pie empezar a marchar, ni qué cara poner. La dignidad y seguridad de su papel, sin embargo, están, sin saberlo el actor, en el hecho de que, al representarse, algo extratemporal vuelve a surgir a la luz y llega a ser de actualidad; es una dignidad mítica que corresponde aún al carácter más miserable y más infame; es dignidad natural porque surge de lo subconsciente.

Tal es la mirada que el literato orientado hacia la mítica dirige a toda apariencia, y ustedes pueden ver que es una mirada irónicamente superior; pues lo relativo al mito tiene allí lugar sólo en el comtemplador, no en lo contemplado. ¿Qué pasaría ahora si el aspecto mítico se subjetivara, entrara en el mismo "Yo" actuante y estuviera también despierto allí, de suerte que, con orgullo alegre o sombrío, cobardía conciencia de su reencarnación, de su naturaleza de "tipo", representaría su papel en la tierra y hallaría su dignidad exclusivamente en el saber de que vive algo vivido, que lo "repersonifica"? Sólo esto, podría decirse, sería en realidad "mito vivido", y no se crea que tal cosa es algo nuevo y que jamás haya sido experi-

mentado: la vida en el mito, la vida como repetición solemne es una forma histórica de la vida misma: así vivió la antigüedad. Ejemplo de ello es la persona de la egipcia Cleopatra, que es completamente una figura tipo Istar-Astarté, Afrodita en persona. Bachofen, en su caracterización del culto de Baco, la considera como una perfecta imagen de un "stimula" dionisíaca que, según Plutarco, representaba, más por cultura erótica del espíritu que por sus encantos corporales, a la mujer desarrollada hasta llegar a la personificación terrenal de Afrodita. Pero su papel de Afrodita, su papel de Hathor-Isis, no fué solamente algo crítico objetivo, que sólo le adjudicaron Plutarco y Bachofen, sino que fué el contenido de su existencia subjetiva. Cleopatra vivió ese papel. La forma misma de su muerte lo indica, puesto que se suicidó aplicándose al pecho una víbora venenosa. La víbora era el animal de Istar, la Isis egipcia que suele representarse dentro de una escamada camisa de serpiente. Además se conoce una estatua de Istar con una víbora, también sobre el pecho. Si la manera de morir de Cleopatra fué realmente la misma de la leyenda, demuestra su mítica sensación del "Yo".

¿No llevó ella también el tocado de Isis, la cofia del buitre? ¿No se adornó también ella con las insignias de Hathor, los cuernos de vaca con el disco solar en el medio? Fué una alusión significativa el llamar a los hijos que tuvo de Antonius: Helios y Selene. No cabe duda, era una mujer significativa —"significativa" en el sentido antiguo— que sabía quien era y en cuyas huellas marchaba.

El "Yo" antiguo y su conciencia de sí mismo eran distintos de los nuestros: eran menos exclusivos, menos exactamente limitados. Estaban como abiertos hacia atrás y tomaron mucho de lo pasado que repetían en lo presente y que volvió a existir con ellos. El filósofo español Ortega y Gasset lo explica en la forma siguiente: antes de hacer algo, el hombre antiguo retrocede un paso, como el torero que prepara el golpe mortal. Busca un ideal en el pasado, en el que se coloca como en una campana de buzo, para poder precipitarse así, amparado y disfrazado al mismo tiempo, hacia el problema actual. Por eso llega a ser su vida, en cierto sentido, una forma de vivificar, una conducta

arcaizante. Pero precisamente esta vida como vivificación, revivificación es la vida en el mito. Alejandro marchó sobre las huellas de Milciades y los antiguos biógrafos de César estaban convencidos —con o sin razón— de que éste quiso imitar a Alejandro. Tal "imitación" es mucho más trascendental de lo que dice la misma palabra; es la identificación mítica con la que la antigüedad estaba especialmente familiarizada, que sigue obrando en en los tiempos modernos y que psicológicamente siempre es posible. Muchas veces se acentuó el sello antiguo en la figura de Napoleón, quién sintió profundamente que la situación de la conciencia moderna no le permitió hacerse pasar por hijo de Júpiter-Amón, como lo hizo Alejandro. Pero no cabe poner en duda que durante el tiempo de su empresa oriental se confundió míticamente, por lo menos, con Alejandro, y más tarde, habiéndose decidido por el occidente, declaró: "Yo soy Carlomagno". Téngase bien presente que no dijo, por ejemplo: "Recuerdo a Carlomagno" o "Mi situación es semejante a la suya". Tampoco: Soy como como el", sino lisa y llanamente: "Yo lo soy". Esta es la fórmula del mito.

La vida, la vida significativa, era pues en los tiempos antiguos, la reencarnación del mito. Se refería al mito, y recurrió a él. Sólo por él, por su relación con lo pasado, legitimóse como vida auténtica e importante. El mito es la legitimación de la vida, ya que él halla la conciencia de sí misma, su justificación y consagración. Hasta la muerte, Cleopatra encarnó solemnemente su papel característico de Afrodita. Y ¿puede acaso vivirse más significativamente o morirse con más dignidad que "celebrando" el mito? Piensen ustedes también en Jesús y en su vida, que era una vida "para que se cumpliera lo que está escrito". No es fácil distinguir en cuanto al carácter "cumplidor" de la vida de Jesús, entre las estilizaciones de los evangelistas y su propia conciencia. Pero su palabra en la cruz alrededor de la novena hora, aquel "Eli, Eli, lama asabthani?" en contra de toda apariencia, no era en manera alguna una expresión de desesperación o desilusión, sino todo lo contrario: era un grito de suprema autoconciencia mesiánica. Pues esta palabra no era original; no fué un grito espontáneo. Forma el principio del salmo 22, el cual desde el comienzo hasta el final es la anunciación del Mesías. Jesús lo citó; y lo citado significaba: "Sí, Yo

lo Soy". Lo mismo empleó una cita Cleopatra cuando, para morir, colocó la víbora contra el pecho, y otra vez significaba lo citado: "Soy yo".

Perdónenme, señoras y señores, la palabra "celebrar" que usé en la frase "celebrar el mito". Es perdonable y aún necesaria. La vida vivida antes en el mito, al revivirse, resulta una forma de celebración; pues al actualizarse, llega a convertirse en acción solemne, en ejecución de algo prefijado por un celebrante en una fiesta. ¿El sentido de una fiesta, no es acaso, retorno en función de reactualización? Cada Navidad vuelve a nacer el Niño Divino que salvó al mundo y cuyo destino es sufrir, morir y ascender. La fiesta es la anulación del tiempo: un proceso y un acto solemnes que se ejecutan según un ideal fijado de antemano. Lo que está pasando en ella, no pasa por primera vez, sino en forma ceremonial y según un modelo o ti-

po: cobra actualidad y renace otra vez como las fiestas vuelven en el tiempo y como sus frases y horas se siguen en el tiempo de acuerdo a los hechos primitivos.

En la antigüedad, cada fiesta era esencialmente un motivo teatral, un juego de máscaras o la representación escenográficas de las historias de los dioses, ejecutadas por sacerdotes, como por ejemplo, de la historia de la vida y del martirio de Osiris. La cristiana "Edad Media" los reemplazó por los "misterios", representaciones del cielo, la tierra y la terrible boca del infierno así como la vemos todavía en el "Fausto" de Goethe. En la misma época existían las farsas carnavalescas, y el "mimo" popular. Hay una "mítica" concepción artística de la vida que nos hace ver estas representaciones artísticas como un juego de farsas, como ejecuciones teatrales de algo solemnemente prefijado; como bufonadas en las cuales las marionetas de carácter mítico devanan y ejecutan "argumentos" vividos anteriormente que en forma grotesca se tornan actuales. Y no faltaba sino que esa concepción se internase también en lo subje-

tivo de los personajes actuantes, como conciencia de su propio papel, una conciencia mítica, para que naciera la epopeya. Así resulta, de extraña manera, en las "Historias de Jacob" especialmente en el capítulo "El gran Jocus". Entre personas que saben muy bien quienes son y sobre qué huellas marchan, se desarrolla la historia tragi-cómica de Isaac, Esaú y Jacob, para divertir a los cortesanos: pero se representa en forma de farsa burlona y trágica; de farsa en la que Esaú, el rojo, el diablo engañado por Jacob, vuelve a ser engañado por la bendición de su padre. Y el héroe de esta historia ¿no es ante todo el celebrador de un mi- [illegible] José mismo personifica, en una imitación de farsa religiosa, el mito de Tamuz-Osiris; él "revive" la vida del descuartizado Osiris, después enterrado y glorificado, y juega en cierto modo con lo subconsciente, que determina y plasma la vida, misteriosamente, desde lo más profundo. El secreto del metafísico y del psicólogo es que la dispensadora de todo lo que se dá, es el alma. Este secreto se torna fácil, juguetón, artístico, alegre y hasta travieso, en José. Manifiesta la naturaleza infantil del personaje, y ahora podemos volver a hablar más directamente de nuestra homenajeado, del cual,

a pesar de los grandes rodeos, que aparentemente hicimos, nos hemos distanciado poco, puesto que en realidad no hemos dejado de aludir a él.

El infantilismo representa un verdadero papel como elemento psicolanalítico en la vida de todos nosotros: tan importante es la parte que toma en la plasmación del ser humano, especialmente en lo que atañe a la identificación mítica, al vivir en imitación, al marchar sobre huellas. La imitación que hace el niño de su padre se encamina después a buscar un sustituto paternal de género espiritual y superior; en esto se evidencia la importancia plasmante de cierta clase de infantilismo en la vida individual. Digo "plasmante", pues el destino más feliz de toda formación, es para mí la formación y plasmación realizadas por medio de lo que se ama y se admira, por medio de la identificación infantil con una imágen paternal elegída por simpatía íntima. Más que todos, el artista, este ser humano en el fondo tan juguetón y apasionadamente infantil, sabe decir por experiencia las influencias misteriosas y francas a la vez de tal imitación infantil sobre su vida, sobre su modo de ser productivo que

no son a menudo más que la reencarnación de la vida de héroes bajo condiciones temporales y personales muy distintas y con muy diferentes medios que podríamos llamar infantiles. Así la imitación que se ha hecho y sigue haciéndose de Goethe a través de su juvenil "Werther" o de su ya maduro "Wilhem Meister", o de sus posteriores "Faustos" y "Diwan", podría, aún hoy día, guiar desde lo subconsciente, toda una vida de literato y determinarla míticamente. Digo desde lo subçonsciente, aunque con referencia al artista, lo subconsciente marcha en todo instante hacia la atención infantil mente profunda, hacia la sonriente conciencia·

El José de la novela es un artista por cuanto va hacia la imitación subconsciente de Dios. No sé bien qué sensación de presentimiento y alegría del futuro me embarga cuando pienso en ese tranquilo avance de lo subconsciente hacia aquel juego de imitación de que antes hablé, en su fructificación para una producción vital solemne, en el encuentro literario de la psicología con el mito, que es a la vez una amable coincidencia de la literatura con la psicología. Cuando empleé el tér-

mino "porvenir" en el título de mi conferencia, lo hice porque la idea de porvenir es la que con preferencia e involuntariamente auno al nombre de Freud. Pero al dirigirme ahora a ustedes me pregunto si no me hice culpable de una desviación: "Freud y el Mito" hubiera sido más bien el verdadero título de lo que dije hasta ahora. Sin embargo acaricia mi sentimiento esa unión de nombre y concepto y quisiera verificar esta fórmula con lo que digo. Sí, tengo la audacia de creer que los gérmenes y elementos de un nuevo sentimiento de Humanidad están encerrados en los pasos de la psicología hacia el mito, en el cual se desarrolla aquella novela mía, amiga del mundo de Freud, estoy también convencido de que algún día la obra de Freud se considerará como uno de los pilares más importantes de una nueva antropología que hoy se gasta de múltiple manera, y con ello del fundamento del futuro, del hogar de una humanidad más inteligente y más libre.

Este psicólogo-médico será honrado, así lo creo, como precursor de ese nuevo humanismo que presentimos, y que habrá pasado por muchas cosas de

las que los humanismos anteriores no sabían nada, de un humanismo que estará en una relación atrevida, serena y más madura para el arte con las potencias del inframundo, de lo subconsciente, del "Lo", que los hombres de hoy, quienes se consumen y se fatigan entre temores neuróticos y el odio correlativo. Freud opina que el futuro juzgará seguramente que la importancia del psicoanálisis como ciencia del sub-consciente será mucho mayor que su valor como método de curación. Pero también como ciencia del inconsciente es un método de curación, método super-individual, método de gran estilo. Tómenlo ustedes si quieren como utopía de literato, pero creo que no existe contrasentido en la idea de que un día puede considerarse como efecto curativo de esta ciencia la superación de los grandes temores y de los grandes odios, estableciendo una relación irónico-artística, pero no por eso forzosamente impía de la misma con lo subconsciente.

Los estudios de análisis cambian el mundo; nace de ellos una serena desconfianza que tiende a desenmascarar los escondites y artimañas del alma; desconfianza que, una vez despierta, ya no podrá

volver a desvanecerse. Se infiltra en la vida, mina su torpe ingenuidad, le quita el "pathos" de la ignorancia, la nivela y la equilibra, educándola y guiándola hacia el "understatement", como dicen los ingleses: la conduce a aminorar la expresión en lugar de exagerarla, al cultivo de la palabra que busca su fuerza en lo medido. No olvidemos que "Bescheidenheit" quiere decir "modestia" y deriva de "Bescheidwissen", que significa "sabiduría". Y tampoco olvidemos que la palabra "Bescheidenheit" tuvo originariamente el sentido de "Bescheidwssen", y que sólo adoptó su segundo significado de modestia como sinónimo de moderación. Supongamos ahora que la modestia, en el sentido de sabiduría, será la característica de un sereno y sobrio mundo de paz que la ciencia de lo subconsciente, entre otros, esté llamada a despertar.

La mezcla que en éste realizan, lo precursor y la ciencia médica justifican tales esperanzas. Una vez Freud llamó a su doctrina del sueño "un trozo de científica Tierra Nueva arrebatado a las creencias populares y a la mística". En esta palabra "arrebatado" están el espíritu y sentido colo-

nizadores de su genio investigador. Donde estaba el "Lo" debería existir el "Yo", dice Freud epigramáticamente: y él mismo llama a la tarea psicoanalítica una obra cultural comparable al desagüe del lago de Zuider. Así se nos entremezclan al final los rasgos del honorable hombre que hoy agasajamos, con los del viejo "Fausto" que se sentía impelido a excluir el soberbio mar de la ribera y estrechar los límites de la húmeda vastedad.

"A muchos millones de hombres les abro los espacios, donde puedan vivir, no seguros, es cierto, pero sí libres y en plena actividad.

Quisiera ver una muchedumbre así en contínua actividad.

Hallarme en el suelo libre, en compañía de un pueblo también libre".

Tal sería el pueblo de un futuro liberado de odios y temores y maduro para la paz.

$ 4.—